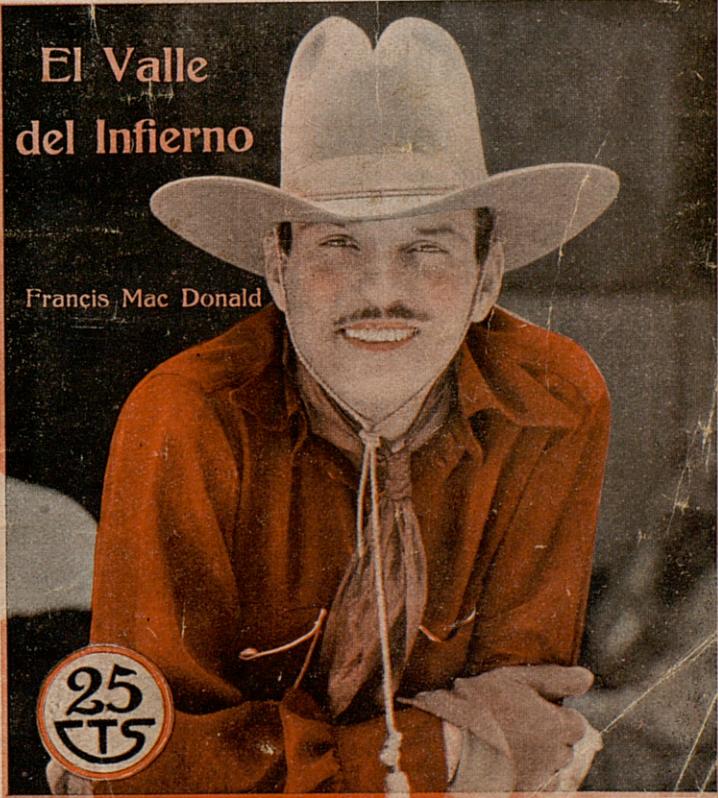




El Valle
del Infierno

Francis Mac Donald



SMITH, Clifford

La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de

Núm.

30

METRO-GOLDWYN-MAYER

:: y FIRST NATIONAL ::

25

Cénts.

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis. - Barcelona

El Valle del Infierno

(VALLEY OF HELL, 1937)

Novela de aventuras, interpretada por

FRANCIS MAC DONALD y EDNA MURPHY

PRODUCCION

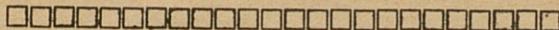
METRO - GOLDWYN - MAYER

DISTRIBUIDA POR

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220.—BARCELONA

J. Horta, impresor. - Cortes, 719 - Barcelona



El Valle del Infierno

Argumento de la película



La tierra de los Cerros Grises llamada también el Valle del Infierno, en un tiempo había sido ocupada por los indios. Con los hombres blancos vinieron las tabernas, las casas de juego, los salones de baile, manchas rojas en la noche...

El poblado de Boca del Monte estaba bajo el despótico gobierno de José Brady, un hombre que no reconocía más ley que su propia voluntad.

El Bar de "La Paz" era el punto de reunión de todas las gentes de la comarca. Cada noche se reunían allí para jugar y bailar, o atender órdenes de José Brady que con la ayuda de sus viciosos secuaces tenía a los habitantes de Boca del Monte en un puño.

Cierto día dos sujetos se dirigieron al en-

cuento de Brady en una de las galerías de la taberna.

—Patrón — le dijo uno de ellos —, fracasamos otra vez. "El Halcón" nos olfateó y se nos salió de entre las manos. Debe ser el mismo diablo.

—Ya os dije que no os presentarais sin él — rugió Brady.

—Nos ha sido imposible, patrón. Es el jinete más hábil del Oeste.

—Así como acabamos con el padre, tenemos que acabar con el hijo — gritó el despota —. Yo personalmente me las habré con "El Halcón". Vosotros sois un par de cobardes; largo de aquí.

Y despreciándoles, bajó a la gran sala del bar, envuelto en humaredas de cigarro y respiraciones fatigosas de alcohólicos.

• La señorita Carmen era una muchacha que disfrutaba del honor temporal de ser la favorita de Brady. Bailarina del establecimiento había logrado por su belleza ascender a la categoría de amiga del amo poderoso de todos.

Junto al mostrador reía escuchando las bravatas de uno de los hombres que apuraba copa tras copa.

—Con mis propios puños y desnudo, hice caer el revólver de las manos de "El Halcón" — explicaba.

—¡Sí que eres un valiente! — le respondió ella.



...la favorita de Brady.

—¡Y que lo digas! Lo malo es que se me escapó... Pero todo lo que quiero es volver a encontrármelo, frente a frente, aunque éi sabe ya que soy el único que lo puedo dominar.

Uno de los que le escuchaban, queriendo burlarse del supuesto "valiente", se colocó detrás de él y apuntándole un revólver contra su espalda le dijo simulando que era "El Halcón":

—¿Querías verme otra vez? ¡Aquí me tienes!

Las bravatas de bebedor desaparecieron por ensalmo al sentir la boca de la pistola contra su carne... Tembló como un azogado y volvióse de una palidez amarillenta, creyéndose ya enviado a gran velocidad a los dominios del infierno.

El bromista se echó a reir y se presentó ante él, mirándole de frente.

—¡Vamos! — gritó el "valiente"—. ¡Qué bromita tan estúpida! Ya pensaba yo que "El Halcón" se atreviese...

—No seas infeliz. Si alguna vez vieras venir a "El Halcón" correrías como conejo asustado y lo mismo haríamos todos.

Y todos rieron a carcajadas de la "serenidad" puesta de manifiesto por su compañero.

— "El Halcón" está tratando de imponer el terror en la comarca — dijo uno de los hombres.

—¿Hasta cuándo durará que hayamos de sufrir el temor de ese hombre de las montañas?

Y quedaron comentando las hazañas de aquel muchacho al que jamás lograban apresar.

"El Halcón" tenía su escondite a la sombra imponente de la montaña de los Trueños.

Se llamaba Cristóbal Ferro y había sido criado y educado por los indios que le conocían por el nombre de "Halcón Listo".

En realidad "El Halcón" no había cometido otro delito que el de seguir implacablemente a José Brady, estorbando sus planes, haciéndole sentir su vigilancia ante los atropellos que cometía el aventurero... Y sabía deslizarse de las propias manos de su perseguidor con una audacia verdaderamente genial... A su nido de la montaña no podía llegar nunca, estaba bien resguardado por una naturaleza imponente.

Aquella noche se encontraba en su tienda situada en una cumbre, cuando "Alto Roble", un indio encargado de su entrenamiento físico, se llegó ante él y le dijo:

—El Gran Jefe, último de mi raza, ha venido a saludar a "Halcón Listo".

"El Halcón" se levantó y sonrió a varios indios que entraban en la tienda... Uno de ellos, un guerrero que adornaba la cabeza con coloradas plumas, dijo amablemente al hombre blanco:

—El Gran Jefe amaba a vuestro padre. Diez veranos han transcurrido ya desde su muerte.

—¡Es verdad!

Y Fierro pareció entristecerse ante esa evocación del autor de sus días.

—Muchas lenguas de hombre le han hecho saber al Gran Jefe vuestras habilidades — continuó el indio — y él quiere saber si es cierto cuanto le han contado...

Sonrió "El Halcón". Y cogiendo un arco disparó varias flechas contra un blanco colocado al efecto. Después con el puñal repitió la operación siempre con admirable puntería... Y aun a tiros de revólver apagó tres velas con una seguridad matemática de tirador.

—¡Magnífico! — dijo el indio —. Y ahora el Gran Jefe ordena que luchéis cuerpo a cuerpo al estilo indio con "Corazón de Acero".

Adelantó un guerrero indio y "El Halcón" despojándose de su camiseta comenzó a luchar con "Corazón de Acero" hasta derribarle.

Su superioridad y destreza quedaban puestas de manifiesto ante los ojos de todos.

—Las lenguas han hablado con verdad al Gran Jefe — dijo el indio.

Y pasaron todavía largo rato en la tien-

da fumando largas pipas y contando leyendas de la montaña.

**

Al día siguiente, una diligencia, el tren del pasado, se disponía a marchar desde Chucawalla a Boca del Monte.

Subió a ella una hermosa joven rubia llamada María Calvo, que había venido de las montañas de Hato Nuevo en busca de su hermano.

Junto a ella tomó asiento un individuo que según todas las trazas llevaba en el cuerpo algunas copas de más.

Arrancó la diligencia y apenas habían caminado algunos metros, el borracho comenzó a insinuarse con la inocente joven, pretendiendo que solazara su viaje dándole besos y caricias.

La muchacha, dignamente, apartóse hacia el lado opuesto.

—¡No me toque usted!... ¡No me diga nada...!

—¡Vamos... no sea usted tan esquiva!

Y como pretendiera reanudar sus afectuosas demostraciones, María optó por hacer parar el carroaje y ocupar un sitio junto al cochero.

Durante largo rato prosiguieron su cami-

no hasta que de pronto varios bandidos de la banda de Brady rodearon la diligencia obligandola a parar y disponiéndose a despojar a sus viajeros de cuanto llevasen de algún valor.

María temblaba horrorizada. Y cuando iban ya a descender del coche para entregar su dinero a los enmascarados, "El Halcón", que jinete en su caballo rondaba por las cercanías, se dió cuenta del atraco y comenzó a disparar, obligando a los secuaces de Brady a huir a toda marcha.

El cochero, asustado por los tiritos, cayó al interior del carroaje, y alborotándose los caballos, éstos comenzaron a emprender una furiosa carrera sin que María, que había casualmente cogido las riendas, pudiera contener el impulso veloz de las bestias.

El peligro era inminente. La muchacha daba gritos de horror, y dentro, el borracho y el cochero pensaban que había llegado su última hora.

Pero "El Halcón", que había presenciado el hecho, se dispuso a salvarles de aquella apurada situación. Arrancó en veloz carrera hacia la diligencia y encaramándose en un árbol cercano al camino esperó a que el coche pasase ante él.

En el momento en que el carroaje se puso a su alcance se dejó caer en el pescan-

te y con poderoso esfuerzo de su voluntad tirando de las riendas, logró detener la veloz marcha de las caballerías.

María, temblorosa aún por lo ocurrido, contempló gratamente al joven, con ojos llenos de gratitud.

—¡Usted me ha salvado la vida! — dijo—. ¡Yo nunca los hubiera podido contener!

“El Halcón” la miró, emocionado. Por primera vez en su vida de rústico montaraz le había emocionado el sonido de la voz de una mujer.

—Nunca esperé encontrar una muchacha como usted en la diligencia de Boca del Monte — dijo.

—Voy allá a verme con mi hermano. El trabaja para su amigo, el señor Brady.

—Lo siento por su hermano... si es amigo de Brady — contestó severamente “El Halcón”.

Y sin hablar más de ello, quiso continuar guiando la diligencia hasta el pueblo, mientras el borracho y el cochero no se atrevían a formular la menor protesta contra su salvador.

Uno de los hombres de Brady descubrió desde unas peñas a “El Halcón” en el pesante del carroaje y corrió sorprendido a

comunicar la sensacional nueva al despótico tiranuelo.

—¡“El Halcón”, “El Halcón” viene para acá! — dijo—... ¡Viene guiando una diligencia! ¡A su lado está una muchacha!

—Hay algo inexplicable en todo esto — dijo Brady, sorprendido—. Diles a los muchachos que estén alerta para cualquier eventualidad.

No tardó en llegar ante el Bar de “La Paz” la diligencia conducida por el famoso “Halcón”.

Este descendió del carroaje y dando el brazo a María avanzó hacia la puerta del establecimiento.

Ante ella se encontraban José Brady y la mayoría de sus secuaces a quienes maravillaba la audacia de aquel hombre de las montañas.

“El Halcón” señalando a Brady que le miraba rencoroso y empuñando un revólver, dijo a María:

—Este es el señor Brady, el amigo de su hermano... Y ahora permitirás que la acompañe hasta donde se encuentra su hermano de usted.

Entró en el bar y dejando a María dijo después cordialmente:

—Me verá mañana a las ocho de la noche

y a la misma hora todos los días durante el tiempo que permanezca usted aquí.

Y estrechando la mano de la bella y dirigiendo una mirada de antipatía a Brady y



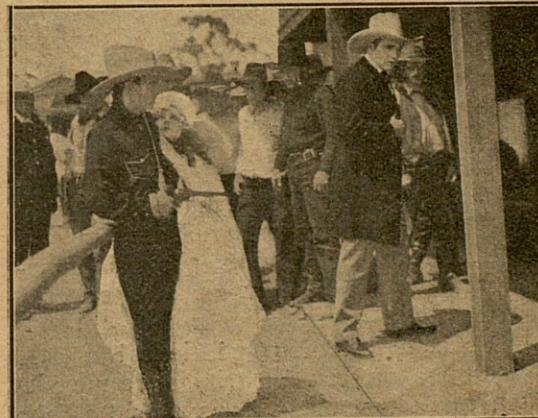
... dando el brazo a María avanzó hacia la puerta...

a sus hombres volvió a salir subiendo al carro y partiendo velozmente.

El cochero y el borracho habían descendido mucho antes, atemorizados.

—¡Traédmelo vivo o muerto! — rugió Brady...

Algunos hombres se dirigieron en su persecución pero "El Halcón" que les llevaba gran ventaja abandonó la diligencia saltando a su caballo que le seguía; y ocultándose



—Este es el señor Brady, el amigo de su hermano...

después tras unos matorrales despistó absolutamente a los secuaces de Brady... Por aquella vez no habían podido cogerle... Ni aquella vez ni nunca, pensaba él.

Mientras tanto, María había sido conducida por una mujer a una de las habitacio-

nes del establecimiento... La joven se sentía preocupada ante los incidentes de la jornada... ¡Tan malo era, pues, aquél Brady?

Abrióse la puerta y apareció ante la muchacha Julio Calvo, el hermano de María... Era un hombre disipado, enfermo, una verdadera desgracia. El menos útil de los instrumentos de Brady pero tal vez el más explotado.

Se abrazaron los dos y María contempló asombrada el cambio experimentado por el joven. De su antigua gallardía no quedaba apenas el recuerdo. Era un pingajo humano, absorbido por otras voluntades superiores a la suya.

—¿Estás enfermo? ¿Qué tienes?

—Hubiera preferido morir a que me vieras en esta situación — decía él —. Le debo dinero a Brady, mucho dinero.

—Ven a casa conmigo.

—No puede ser. Soy instrumento de la voluntad de ese hombre... Hasta que le haya pagado lo que le debo y no podré pagarle nunca, tendré que hacer lo que él me mande.

—No te desanimes, hermano mío. Yo encontraré el medio de pagarle a Brady y luego podremos marcharnos y regresar a casa.

Mientras tanto, en una sala, Carmen ha-

bía disputado violentamente con Brady quien le dijo que había acabado todo entre los dos.

Una profunda ira se apoderó de la bai-



Carmen había disputado violentamente con Brady...

larina. Dirigiéndose a la dueña del bar, manifestó su amargura por la conducta del tiranuelo.

—¡Ya sabía yo que él se cansaría de ti!... ¡Todos los hombres son iguales! ¡Un atajo de canallas! — respondió la dueña.

—¡El miserable!...

—¡Tú no eres la primera ni la última! Los hombres no se satisfacen con una sola mujer, les gusta la variación.

—Si vieras qué rabia tengo en el pecho...

Desde una ventana vió a María que hablaba con su hermano.

—¿Quién es esa? — preguntó.

—La hermana de Calvo... Viene aquí por unos días.

—Tal vez cree casarse con Brady. Con todo y su cara de niña boba, no logrará jamás a Brady... ¡antes la mataría yo!

Brady se había dirigido a la habitación donde se encontraba María con su hermano, y decía a la muchacha, con la satisfacción que le inspiró desde el primer instante en que la viera.

—Estas son las mejores habitaciones del lugar y usted puede ocuparlas por todo el tiempo que quiera...

—Gracias — respondió ella, a tiempo que su hermano desaparecía, advertido por una mirada serena de Brady—. Pero yo quiero encontrar el medio de pagarle a usted la deuda de mi hermano, de modo que podamos regresar a casa.

Una sonrisa irónica se reflejó en los ojos del miserable.

—No se preocupe, yo haré que gane us-

ted dinero muy fácilmente. ¿Puede usted cantar?

—Yo cantaba en la iglesia de mi pueblo...

—¡Magnífico! Entonces, empezará mañana por la noche. Y puede usted ganar mucho dinero cantando para los parroquianos.

Salió de allí y María en su ingenuidad pensó en los medios de poner a contribución su arte dulce de las canciones de iglesia para pagar aquella deuda que tenía contraída su hermano con José Brady.

**

A la siguiente noche José Brady se encontraba impaciente. ¿Se atrevería "El Halcón", su enemigo más terrible, a venir?

Creía que no... Luego, contemplando el establecimiento lleno de gente, ordenó silencio y comunicó:

—Os reservo una agradable sorpresa para esta noche, pero no olvidéis que se trata de algo que me "pertenece".

Y recalcó estas últimas palabras como si la propiedad de la sorpresa nadie pudiera arrebatarla.

María llegó al salón y acompañada de Brady se dirigió al piano, entonando una melodía de dulce religiosidad pero que no

fué del agrado de aquellas gentes acostumbradas a la música alborozada.

Brady, entretanto, consultaba el reloj y decía a uno de sus cómplices:

—Estoy nerviosísimo... ya falta muy poco para las ocho. ¿Será capaz de venir ese miserable?

En aquel instante se escucharon unas pisadas de caballos junto a la puerta. Era "El Halcón" que había abierto las cuadras dejando libre salida a todas las bestias.

Corrieron todos al exterior para volver los caballos a su sitio, quedando únicamente en el establecimiento María que, muchacha de paz, se asustaba ante aquellas cosas extrañas.

"El Halcón", aprovechándose de la atención de todos los hombres, se deslizó por una ventana hacia el interior de la sala, y, con su juvenil sonrisa, se dirigió al encuentro de María.

—¿Usted? — dijo ella asombrada y sintiendo que latía de gozo su corazón ante el hombre que la había arrancado de una muerte cierta.

—Yo le prometí que vendría...

—No exponga usted su vida... Sé el peligro que corre... Mi hermano me contó...

—Yo lo arriesgo todo por estar unos ins-

tantes cerca de usted... Mañana también vendré sólo por oír su voz...

Aparecieron de nuevo Brady y algunos otros hombres que al ver a "El Halcón" echaron súbitamente mano a sus revólveres pronto a hacerle pagar cara su audacia. Pero el aguerrido muchacho, de un salto prodigioso, pasó la ventana y cayendo sobre su caballo emprendió intenso galope no sin antes gritar en son de amenaza:

—¡Mañana volveré!...

Una maldición crispó los labios de Brady.

—¿Qué le dijo ese hombre? ¡Conteste! — gritó a María.

—Nada, acababa de llegar...

—¡El miserable, el bandido! — rugió muerto de impotencia.

Algunos jinetes habían querido perseguirle pero "El Halcón", como en alas del viento, desapareció sin dejar rastro.

—Ya lo cogeremos — dijo Brady —. Mañana volverá, y aquel de vosotros que lo suprima... tendrá mil pesos.

El miedo agitó el corazón de María. ¡Suprimir a aquel hombre! ¡Matarle! Se estremeció considerando que el daño que hiciesen a él repercutiría en su alma de mujer.

A la noche siguiente María, estaba preo-

cupada en sus habitaciones, pensando en la vuelta de "El Halcón"...

Confusamente no se atrevía a confesárselo a sí misma, pero ella comenzaba a sentirse enamorada de "El Halcón"... ¡Y era tan peligroso querer allí a un hombre al que deseaban la muerte!

Mientras ella meditaba, apareció Brady, quien, inclinándose cariñosamente hacia su rostro y acariciándole los cabellos, le dijo:

—María... yo la quiero a usted... usted me gusta muchísimo... La quiero porque es diferente de las demás mujeres... Hasta me casaría con usted.

Ella apartó con indiferencia la mano audaz.

—No, señor Brady, no puedo casarme con usted — murmuró, desconsolada.

—¿Por qué motivo? ¿Es que no me ama?

—No he pensado en casarme. Es inútil.

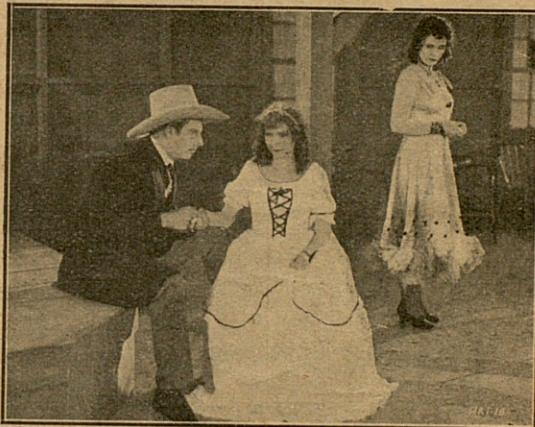
—Ya cambiará de opinión...

Y se alejó de allí no tardando en acercarse la desdeñada Carmen que había escuchado la conversación y a quien el odio ponía feroz temblor en la voz.

—Tú podrás engañar a Brady con tu voz de niña inocente — le gritó, zarandeándola de modo brutal—, pero a mí no me engañarás...

—¡Déjame! ¿Qué daño te he hecho yo?
Yo no molesto a nadie...

—Estás coqueteando con Brady y no sabes que tengo poder para suprimirte de



—La quiero porque es diferente de las demás mujeres...

en medio si es preciso... Y ea, a trabajar, que aquí a nadie se le mantiene por su cara... ¿No dijiste que querías ganar dinero? ¿Y aun haces ver que eres diferente del resto de nosotras?

La pobre niña tenía los ojos bañados en

lágrimas y Carmen, entregándole un traje de bailarina, le dijo:

—Ponte ese traje y vete al sitio que te corresponde, al salón de baile.

Comenzó a maltratarla, obligando a María a vestir un traje descotado de bailarina...

Un indio, "Alto Roble", cerca de la puerta, había presenciado la escena de las dos mujeres... Luego furtivamente siguió es-
cuchando...

Vestida ya, María, empujada rudamente por Carmen que agitaba en sus manos un látigo, llegó hasta la puerta del bar.

—¡No quiero, no quiero! — protestaba la pobre joven—. Yo no sirvo para ésto.

—Anda ya y déjate de remilgos. ¡O vas... o te mato!

Y esta vez la apuntó con un revólver y María, atemorizada, tuvo que entrar en aquella atmósfera densa y caliente del café.

El establecimiento estaba lleno como de costumbre... Se bailaba. Algunos hombres se volvieron al ver entrar a María con un traje llamativo de lentejuelas.

También Brady la miró sonriente, extrañándose que vistiera de aquel modo. Pero, ¡mejor! Eso significaba que María era una

mujer fácil que tarde o temprano caería bajo su poder.



—¡O vas... o te mato!

Carmen, acercándose a Brady le dijo, señalando a la muchacha que vagaba desorientada por el salón:

—Ya ves, ella es como cualquiera de nos-
otras...

—No importa — contestó Brady—. De todos modos me interesa...

Un sujeto de largas barbas quiso bailar con María. Y aunque ésta se negó, no tuvo más remedio que ceder siendo empujada y estrechada rudamente por aquel hombre de rostro de sátiro.

El barbudo quiso luego levantarla en hombros a lo que se negó María, pero el hombre, que era más fuerte que ella, logró finalmente su voluntad. Todos reían ante la innoble juerga...

Brady la contemplaba con atención. ¡Paloma pronta al sacrificio! ¡Era una cosa fatal!

En aquel instante apareció "El Halcón", contemplando por una ventana el espectáculo bullicioso del café. Al ver a María en brazos de aquel hombre de aspecto repulsivo, una inmensa desesperanza invadió su corazón.

¡Qué desilusión! ¡Y él que había creído que María era una cosa delicada y dulce, una muñequita a la que nadie podría cojer! Volvió a salir, sin ser visto por nadie, quedando arrinconado contra la pared, lleno de dolorosa tristeza. ¡Igual que todas, como todas!

Otro sujeto quiso bailar con María arrancando al barbudo de los brazos de la joven.

Los dos hombres comenzaron a forcejear por la posesión de la muchacha, y la pobre-cita recibía los golpes de aquellos brutos sin conciencia.

Brady intervino, apartó rudamente al provocador del lado de María y comenzó con él una lucha a puñetazo limpio...

María, espíritu de paloma, alma de paz, asustada se alejó de allí y corrió al exterior, buscando en el silencio estrellado un poco de calma para su corazón.

"El Halcón" la vió llegar y la contempló tristemente con los brazos cruzados.

Ella, llena de repentina alegría por la presencia de aquel amigo, se acercó a su vera buscando protección; pero el hombre de las montañas la rechazó con honda melancolía.

—¿De modo que usted pertenece a esa clase de mujeres, es como cualquiera de ellas? — le dijo.

—Oh, no vaya usted a creer... Yo...

Y se echó a llorar, atemorizada por la acusación de que era objeto.

Uno de los secuaces de Brady vió a la joven hablando con "El Halcón" y entró corriendo en el bar. Brady había derribado ya a su forzudo adversario.

El hombre advirtió la presencia de "El

Halcón”, disparando un tiro, lo que puso en conmoción a todos los concurrentes.

—¡Eh! ¿Quién está aquí? ¿Qué pasa?

—¡“El Halcón”! — dijo el que le había descubierto.

“El Halcón”, abriendo la puerta y revólver en mano, apareció ante ellos.

—¡Miserables!

Iban todos retrocediendo, mientras Brady impotente en su odio les gritaba:

—¡Veinte contra uno y todavía no os atrevéis a sacar el revólver! ¡Matadle!

—¡Calle, bandido! — rugió “El Halcón”—. ¡Y vosotros — dijo —, sois un puñado de canallas! Durante muchos años os habéis dejado gobernar por José Brady, como unos cobardes que sois.

Ninguno se atrevía a rechistar. “El Halcón” prosiguió con voz segura y firme:

—Habéis tolerado esto sin un gesto de protesta ahora que él ha querido matarme... Pero algún día yo castigaré a Brady y os arojaré a todos vosotros del lugar...

Y siempre amenazándoles con el revólver retrocedió de nuevo y montando en su fiel caballo huyó otra vez hacia su guarida de las cumbres cercanas al cielo.

Cuando salieron a perseguirle, era ya tarde. ¡Imposible seguir nunca a “El Halcón” en su carrera!

Brady, exaltado, se daba a todos los demonios. ¡No poderle coger!

De pronto apareció uno de los secuaces dando muestras de viva agitación.

—¡La nueva muchacha se escapó con su hermano! — gritó —. He visto que huían en un carro.

—¿Esto más? — rugió Brady —. Veo en todo esto la mano de ese miserable. Ese “Halcón” está calentándose los cascos demasiado. Voy a darle caza a la muchacha y a esconderla en San Francisco por un mes.

Y subiendo a su caballo emprendió la persecución de la joven que tanto le interesaba.

*

Algo más tarde, “El Halcón” se encontraba melancólico en su tienda, pensando en la desilusión experimentada.

“Alto Roble”, su fiel indio, se acercó a él y le comunicó:

—Pequeña Cabellera Rubia y hermano se escaparon. Van por la vereda.

—Ya no me interesan. Ella es mala... tan mala como las otras...

—“Halcón” piensa mal. Ella es buena muchacha, muy buena.

—No, pobre “Alto Roble”, no. ¡Si tú la hubieras visto bailar en la taberna! Es tan libre y mala como las otras.

Pero el indio que había visto lo ocurrido entre las dos mujeres, replicó gozoso:

—No lo crea, "Halcón". Esa mujer de Brady, Carmen, obligó Cabellera Rubia a bailar amenazándola matar. Indio vió.

—¿Es posible? Y ahora, ¿dónde están? —dijo viendo el cielo lleno de esperanzas.

—Brady partió, tratar alcanzar muchacha. Tal vez matar hermano.

—Voy a su encuentro. He de salvar a María de esa gente.

Y subiendo a su caballo partió como una exhalación hacia la vereda.

Brady seguía ya a corta distancia el carro en que habían huído María y su hermano Julio.

Muy cerca de Brady, iba también a caballo la bailarina Carmen, rabiosa de celos y dispuesta a impedir que María volviese a la comarca.

Comenzaron a cruzarse disparos entre Brady y Julio. Este cayó herido.

En uno de los virajes volcó el carro y María y su hermano viéronse perdidos.

El muchacho, padeciendo horrores por una herida del pecho, dijo a su hermana:

—Aprisa... ¡Escóndete tras de las rocas y aguárdame allá! Sino, Brady va a cogerte.

La muchacha, loca de terror, ocultóse entre

altos peñascos procurando huir... y ocultarse.

Brady llegó junto a Julio Calvo.

—¿Dónde está María? ¿Dónde está esa mujer?

Julio no respondió. En sus ojos flotaba una lágrima de sufrimiento.

Pero, entretanto, Carmen, que había llegado a poca distancia, vió a María trepar por las vecinas cumbres y loca de celos contra la muchacha se dirigió detrás de ella con el ánimo de darle muerte.

Brady viendo que no respondía Julio y distinguiendo de pronto a María que huía entre apriscos, dejó el caballo y lanzóse en dirección a ella.

—¡Esta vez no te escaparás, palomita, te lo aseguro!

Fué avanzando con la alegría de tenerla pronto en su poder.

María viéndose perseguida aceleró el paso. ¡Oh, no era únicamente Brady quien iba detrás de ella, sino Carmen, la mala mujer en cuyos ojos el veneno de los celos parecía destilar una luz infernal!

Carmen estaba ya muy cerca de ella y armada con un revólver esperaba el momento en que María se pusiese a tiro para incrustar un balazo en su corazón.

A María comenzaba a faltarle las fuerzas. Carmen estaba ya casi pisándole los talones

y casi inmediatamente detrás José Brady, que acababa de darse cuenta de que Carmen estaba allí y temía que ésta se le adelantara a tomar alguna grave determinación.

Y ocurrió algo fatal. María se detuvo un instante para tomar aliento y vió Brady que Carmen apuntaba su revólver en dirección al cuerpo de la joven. ¡Oh, por el alma del bandido pasó la idea de salvar a María de aquella bala asesina!

E instantáneamente disparó él a su vez y Carmen, partido el corazón, vino a caer muerta al suelo.

Libre ya de este estorbo, el bandido prosiguió su persecución contra María quien había lanzado un grito de terror al ver caer a la bailarina.

Habían ido ascendiendo mucho... Las tierras quedaban pequeñas, hundidas...

Brady llegó junto a María... Estaban en lo alto de una cumbre... a cuyo alrededor todo se hallaba sembrado de abismos.

La muchacha pretendió escapar, pero fué imposible su intento. Los brazos de aquel hombre la apretaron estrechándola poderosamente contra sí.

—¡Ya eres mía! ¡No podrás escapar! — Te quiero!

—Déjeme, respéteme usted! — gemía la muchacha.

—No, no; tú y yo solos en la noche, alejados del mundo! ¡Qué bien! ¡Vas a ser mía!

Pretendió darle un beso, pero se oyeron pisadas cercanas y un hombre saltó con agilidad de acróbata sobre Brady.

Era "El Halcón" que había estado persiguiendo el rastro de ellos hasta lograr alcanzarles.

—Tú otra vez? — rugió Brady. — ¡Mágico! ¡Hoy es una gran jornada.

—Pero no para ti — gritó "El Halcón".

Y se abrazaron estrechamente, en abrazo de odio y de muerte, rodando por el suelo, mientras María en un rincón pedía a Dios el triunfo de su protector.

Un instante pareció Brady vencer a su rival, pero "El Halcón" defendía una causa justa y era más joven. De un formidable puñetazo derribó a su contrario que perdió el equilibrio, retrocedió y de pronto faltándole pie al borde del abismo desapareció para siempre tragado por un barranco insondable.

—¡Ya eres libre, María! ¡La jornada ha sido mía! — Y ven, huyamos! — dijo "El Halcón".

—Mi hermano, mi hermano está allá — gritó la joven.

Bajaron precipitadamente y en el camino encontraron a Julio. Por fortuna la herida no era

grave. Y los tres juntos emprendieron la marcha hacia la vivienda de "El Halcón" para emprender al día siguiente la marcha fuera del poblado... hacia otra vida de libertad.

Y durante el camino, "El Halcón" se hizo perdonar de la muchacha que quería, y ella le otorgó la gracia de aceptar su amor...

Brady había desaparecido. Y sobre el poblado de Boca del Monte no flotaría ya la eterna amenaza. Y el sol iluminaría la nueva vida de paz.

F I N

Próximo número:

La emocionante novela

LA NOBLEZA DE UN PIEL ROJA

Por el coronel TIM MAC COY
y PAULINA STARKE

Exito sin par de la grandiosa novela

SANGRE Y ARENA

en las selectas Ediciones Especiales de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Asunto basado en la novela del malogrado novelista don Vicente Blasco Ibañez, interpretado por **RODOLFO VALENTINO**, Nita Naldi y Lila Lee.

Ediciones
BISTAGNE